

Los Fantasmas de Cédric

Rubén Adail

Image not found.

Capítulo 1

LOS FANTASMAS DE CÉDRIC

Debido a que mi enfermedad no me ha permitido salir en años, las visitas del resto de mortales han ido decayendo poco a poco hasta quedarse en mínimos. La gente ya se ha acostumbrado a mi modo de vida y no me dan la importancia que merezco. Puede sonar algo egocéntrico y egoísta, pero es la verdad; así es el ser humano en su desgracia más desgraciada. Pero bueno, más vale no regodearme en un falso ostracismo que yo mismo elegí, he de ser positivo y pensar en que tengo pluma y papel para poder desahogarme con el mundo. La compañía de otros seres vivos está sobrevalorada y yo prefiero tocar el corazón de cada persona sin estar presente. Sin conocernos. Sin vernos.

Dicen que para escribir hace falta vivir y yo no he vivido lo suficiente, o al menos eso creía hasta hace poco. Pensaréis que estoy loco por lo que voy a decir, pero nunca he estado más cuerdo y lúcido que ahora. Hace muy poco tiempo que he vuelto a dejar que los cuadros, esos que adornan en exceso el inmenso salón de mi casa, me hablen. Tienen ojos y boca y yo los escucho pacientemente. Cada uno me cuenta una bella historia y, creedme, son muchos. Todas las criaturas que, vosotros creéis son leyenda, me visitan ahora cada día para contarme sus aventuras. Los fantasmas me hablan y toman té conmigo de vez en cuando; los atiendo sin temor alguno. Son amables, sin mis auténticos amigos. Es tremendamente satisfactorio volver a ser yo.

¿Qué como he vuelto a ser yo? Permitidme que comience con mi discurso. Me llamo Cédric y prometo que este relato será el primero de muchos.

Hace ya dos viernes, sobre las ocho de la tarde, me encontraba sentado en el alféizar del gran ventanal del salón y el frío, hacía rato, ya había calado mis huesos. La noche caía a plomo sobre la ciudad y las estrellas y la luna bañaban el jardín trasero de mi hogar. ¿Queréis saber qué hacía allí? ¿Queréis saber que buscaba? A mi cordura. Alguna vez estuve cuerdo y lo echaba de menos. Un buen día se marchó sin decir nada y la necesitaba. Lo peor de todo es que no la recordaba, no sabía cómo era y no sabía si querría volver conmigo. En verdad, no sabía muy bien qué buscaba y eso me frustraba sobremanera. Así que, allí estaba, ya inmerso en mi tranquila e incesante búsqueda cuando, de repente, escuché a alguien chistarme.

— Shss.. shss... ¡Eh! ¡Tú! Cierra la maldita ventana — dijo una voz algo quebrada y rota.

Me quedé pasmado, sin saber que decir, ni siquiera quería darme la vuelta. Mi mente no paró de hacerse preguntas en milésimas de segundo,

¿había entrado alguien a robar a mi casa? ¿Este sería mi triste final? ¡Dios mío! ¡Atravesaría mi pecho con un cuchillo y mi sangre recorrería la pared hasta llegar a la espesa hierba del jardín! ¿Cuándo me encontrarían? No sería hasta el lunes, que es cuando vienen a traerme la comida. ¡Pobre Yvette! Que susto se va a llevar...

— ¿Perdona chico, es que no me has oído? ¡Cierra la maldita ventana que nos vamos a congelar! — su voz seguía siendo ronca pero no me parecía la de un ladrón-asesino en serie-psicópata.

Me armé de valor y me giré. Eso sí, con los ojos cerrados, no fuera a ser que estuviera desfigurado o algo así, y del susto se llevara mi corazón por delante.

— Disculpe usted, mi buen señor — dije aún con los ojos cerrados y la voz temblorosa — Llévese lo que quiera, pero no me haga daño. Aunque esté aquí encerrado, no quiero que ésta sea mi muerte. No me haría mucha gracia.

— ¿Cómo voy a matarte? — dijo sorprendido y algo cabreado ya — Lo único que quiero es que cierres la ventana, y abre los ojos de una vez que no voy a hacerte nada. Aunque lo cierto que es un coscorrón sí que te daba.

Abrí los ojos y el asombro me sobrecogió cuando me di cuenta de quién me hablaba.

— ¡Eres Jacques Faure-Dumont! — mis ojos iban a salirse de sus órbitas. Definitivamente estoy loco.

— El mismo, mi querido Cédric, soy tu antepasado. Exactamente tu tatarata-tatarata-tatarata...

— ¡Cállate! ¿Cómo es posible? ¿Qué quieres de mí? — mis nervios hablaban por mí y solo Dios sabe que estuve a punto de estampar el cuadro contra el suelo.

— ¡Qué cierres la ventana! — gritó enfurecido.

— Vale, de acuerdo, la cerraré de una vez — lo hice rápido esperando que se fuera o que desapareciera o que dejara simplemente de hablarme.

— Gracias, Cédric. Ahora siéntate y escúchame atentamente.

— ¡No voy a escucharte! Estás en mi cabeza y puedo apagarte, sé que puedo. Esto no es normal, es culpa del aislamiento... — de nuevo el miedo

y los nervios hablaban por mí.

— Para, por favor, para. No estás loco, ni nada que se le parezca. Simplemente eres más especial de lo que piensas. Siéntate y déjame que te cuente una historia; una muy pequeña. Entonces, y solamente entonces, comprenderás quien eres.

Estaba paralizado frente a él, un hombre elegante y bien parecido. Lleva puesto un traje compuesto de casaca, chupa y calzón, hecho en tafetán de seda de un bonito color rojo. Un bello bordado en dorado recorre su impoluta vestimenta.

— ¿Has parado ya de examinarme? ¿O te queda algo más? — dijo notablemente impaciente.

— Comprenderás que tenga cierta reticencia hacia que un cuadro me esté hablando, ¿verdad? No es común y mucho menos real. Estoy asustado en cuanto a mi salud mental.

— Sí, lo comprendo. Cuando apartes tu estupor de mi persona, hablaremos.

Había algo familiar en ese caballero, así que me senté y me quedé mirándolo durante un buen rato. Él estaba sentado también. Respiraba y se movía y yo me iba a estampar la cabeza contra la pared de un momento a otro. A lo mejor así se marchaba de mi cabeza o de mi salón.

— Deja de pensar en eso, que no es buena idea, y solamente te servirá para abrirte una brecha enorme — dijo mientras limpiaba uno de sus zapatos.

— ¿Cómo...?

— ¿Qué como sé lo que están pensando? ¡ja, ja, ja!— solo una carcajada pícara — Hijo, es fácil, vamos... estamos conectados en historia y sangre. Sé lo que se pasa por tú cabeza a cada momento del día, como te sientes e incluso cuando tienes hambre o ganas de ir al lavabo. Bueno eso último me lo he inventado, pero tendrías que ver la cara que estás poniendo.

— ¿Cómo?...

— ¡Dios mío! ¡Eres de difícil entendederas! — dijo ya aburrido de mi.

— Vale, vale, de acuerdo. Me sentaré aquí tranquilo y escucharé lo que quieres o tienes que decirme — al final me resigné y punto — Pero que sepas que lo hago porque hay algo ciertamente familiar en ti. No sé que

es, pero lo hay.

— ¿Qué clase de cordura es la que estás buscando mi querido Cédric?
— me lanzó una pregunta, a sabiendas que no sabía contestarla — A ver como te explico esto... Eres especial, muy especial, no te haces una idea de cuánto. Esa cordura que tú buscas, que no recuerdas y que tanto anhelas no es la que tú te crees.

— ¿Tú la has visto por ahí? ¿Te la has encontrado en tu cuadro? — dije con todo el sarcasmo del mundo.

— ¡Ay Dios! — contestó echándose las manos a la cara — Deja que te presente a alguien que no sabes ni que existió. Su vida no consta en lado alguno, pero yo si la conocí y créeme cuando te digo que fue la mujer más increíble que ha puesto los pies sobre la tierra...

Capítulo I

Era una chica maravillosa. Su cabello era castaño cobrizo y siempre estaba ordenado en una larga trenza de espigas. Siempre llevaba el mismo vestido azul manchado de tierra húmeda; le gustaba la jardinería y en sus ratos libres se tumbada sobre la tierra para soñar con todo y con nada. Joven bella y soñadora, cuya sonrisa y movimientos embaucaban al animal más tosco que hubiera en la tierra. No tenía ninguna peculiaridad anatómica que la hiciera ser algo fuera de lo común; era simplemente ella, con su aura, su energía, su bondad y su gracia.

Mi hermana. Mi querida hermana. Siempre descontenta con mi forma de ser. Siempre diciendo que deberíamos parecernos más. Siempre diciendo que no me la tomaba en serio y que no la respetaba. ¡Ay si supiera lo mucho que la amé! Si alguna vez hubiera tenido el valor de decírselo, no me hubiera ido de este mundo tan triste como lo hice. Ella siempre me hablaba de cosas, para mí extrañas, y casi nunca la tomaba en serio. Bueno, exceptuando veces contadas cuando éramos un par de niños... pero yo maduré rápido a la sombra del escepticismo y el cinismo de nuestro padre. Los dos crecimos a la vez en el vientre de la misma mujer, allí dentro compartimos risas y secretos, allí dentro fue la última vez que fuimos uno. Mienten cuando dicen que los gemelos son especiales; en este caso yo fui su lastre en la vida. ¿Cómo dos almas que se crean a la vez son capaces de estar tan alejadas la una de la otra?

Yo, el chico del habla monótona y sin expresión alguna en el rostro. Ella era la vida en sí misma. Lo demostrábamos a cada paso que dábamos. Aquella mañana corríamos por la playa, éramos libres, o por lo menos sentíamos una libertad falsa que nos calmaba las ganas volar. Yo deseaba alistarme pronto en el ejército y mi meta era ganar resistencia. Ella marchaba rápido chapoteando en la orilla, que espumeaba la resaca de la noche anterior. Me seguía de cerca, pegada a mis talones, no me detuve

ni a descalzarme, en cambio ella tenía los pies en el agua, que estaba prácticamente helada. Me giraba a mirarla de vez en cuando, me daba miedo que su desinhibición le jugara una mala pasada con las olas que rompían en sus rodillas. Aunque no hacía nunca el amago de tambalearse. Siempre conseguía mimetizarse con su entorno. La envidiaba por ello.

Iba hablando sola o con algo. No recuerdo bien como llamó a aquella cosa. Le pregunté en varias ocasiones que era lo que hablaba, pero ella me repetía una y otra vez que nunca lo entendería. Intenté no volver a hacerle caso, en aquellos momentos me sacaban de quicio sus comportamientos estrambóticos. Así que mi mirada permaneció clavada en la arena, y durante varios minutos, despeje mi mente de ruido alguno. Y así fue, paré en seco, y no la sentí. Miré hacia todos lados y parecía que algo la había engullido. Grité su nombre a pleno pulmón y me metí un poco más entre las olas; me golpeaban sin cesar sin darme tregua alguna. Me adentré un poco más y allí, a lo lejos, la vi. Su grácil cuerpo se movía a la par de las olas y ella giraba y giraba de tal manera, que parecía estar bailando un vals con el agua. Nadé todo lo rápido que pude hacia ella y cuando estuve cerca lo suficientemente cerca la agarré y la arrastre hasta la orilla. Ella me gritaba que porqué lo había hecho, que no tenía derecho. Yo le grité que por su locura habíamos estado a punto de morir. Ella me reprochó que jamás la dejarían morir. Yo le dije que como no parara de desvariar hablaría con nuestros padres para que la llevaran a un psiquiátrico. Entonces enmudeció. Se apagó. Yo fui el culpable. Siempre me arrepentí de aquellas malditas palabras.

Después de esto apenas hablábamos. Ella se perdía entre las paredes de nuestro pequeño palacio y yo imaginaba que no existía. Pero era mentira, siempre estuve atento a todo lo que hacía. Era su sombra aunque nunca reparaba en mi presencia. Solía ser amable conmigo, cuando estábamos rodeados de gente. Supongo que nunca quiso hacer ver a los demás que yo fui el monstruo que nos separó; me protegía a su manera, sin embargo en su mirada veía lo descontenta que estaba conmigo, con mi persona, con mi actitud hacia ella. Y nunca la culpé por ello. Creo que aquel día en la playa me convertí en un perfecto desconocido. Me convertí en uno más.

Pasó el tiempo y crecimos. Yo me casé y me marché de casa, jamás me alisté en el ejército. Ella se quedó ahí, cuidando a nuestros padres hasta su último aliento. Nunca accedió a casarse con nadie que no la respetara y comprendiera tal y como es. Era lógico, todos queremos que nos amen por lo que somos y no por lo que tenemos o aparentamos. Ella era pura magia. Una magia que muchos, incluido yo, no supimos ver. Cuando contaba con treinta y cinco años cayó enferma y no permití que nadie la cuidara más que yo. Lo único que me quedaba era poder cambiar a tiempo. No quería erradicar por completo cuanto mal hice, sino enseñarle que puedo estar a su lado aunque no la comprendiera la mayoría de veces. Me alejé de mi casa y de mi familia y volví a aquellas paredes

buscando esa felicidad que solamente te da la inocencia de la niñez.

Allí seguía aún nuestra antigua criada, la señora Ferrec. Siempre tan amable y atenta con nosotros. Ella nos dio el cariño que siempre nos faltó de nuestros padres. Ella fue más madre que nuestra propia madre, levantándose cuando teníamos pesadillas, leyéndonos cuentos para dormir y cantándonos nanas en las noches de tormenta. Aconsejándonos cuando lo creía pertinente. Me dijo que quedaba poco tiempo para despedirla, que disfrutara de la estrella que se estaba apagando. Así lo hice. Cambié sus paños húmedos y le di su medicación cada día. Estuve a su lado escuchando todas las pequeñas historias que me quiso contar. Me armé de paciencia, me despojé de mi cinismo y me dejé llevar. Sin decir nada, vi como nacía de nuevo en ella esa sonrisa tan hermosa que antaño me dedicaba a cada momento del día. Seguía siendo luz aún en su lecho de muerte. No dije nada. No me atreví. Había algo en mi interior que no me dejaba pedirle perdón.

Recuerdo aún, con nitidez, su última noche en la tierra. Estábamos la señora Ferrec y yo a su lado. No nos despegamos ni un solo segundo. Ella nos miraba tierna y dulcemente con sus grandes ojos color miel y, aunque apenas podía hablar, me dedicó sus últimas palabras. "Mi querido Jacques... Nunca te guardé el rencor que tú te supusiste, nunca te convertí en un monstruo, nunca te odié. Quizás me separé de ti para que no tuvieras que preocuparte siempre por mí. Fuiste mi sombra durante mucho tiempo y no lo podía permitir. Te mereces la vida que has conseguido. Mi dulce Jacques, te quise, te quiero y te querré siempre".

Esas palabras me siguen doliendo a día de hoy. Ella fue capaz de decirme que me quería, aun habiendo sido un completo inepto. Yo no fui capaz de pedirle perdón por mi maldito orgullo. Pensé que en mi muerte volvería a verla, pero no ha sido así. Quien sabe quizás sea porque los ángeles deben estar con otros ángeles. O a lo mejor se convirtió en un hada o en una ninfa... quien sabe. Lo que sí sé, es que desde aquel momento decidí cambiar. La señora Ferrec me dio un montón de papeles donde había escritos un sinfín de cuentos, y me dedique a leérselos a mis hijos a mi vuelta a casa.

Un buen día, ya en mi vejez, mientras leía a uno de mis nietos, por fin la comprendí. Ella tenía un don, un don especial que nunca supe apreciar. Ella era el todo en un mundo vacío de ilusiones. Ella podía hablar con cualquier ser o cosa que estuviera dispuesta a contar algo. Ella escuchaba a los árboles y paseaba entre las hadas. Bajaba a los infiernos y subía al cielo. Era agua y naturaleza, alegría y tristeza, fuerza y debilidad. Cantaba con las ninfas y luchaba contra los demonios. Y todo, absolutamente todo, estaba en esos cuentos que con tanto amor y devoción escribió. Me dedicó cada uno de ellos.

Mi dulce hermana. Mi querida Odette.

Capítulo II

Abrí los ojos y era de día. Seguí sentado en el sofá, y entre mis manos una pluma ya seca y un montón de papeles escritos. De primeras no entendí nada de lo que había pasado, así que me puse a leerlos con detenimiento. ¡Ahí estaban! Odette y Jacques, los gemelos, mis antepasados. Pero, ¿qué había pasado? ¿Había sido todo un sueño? ¿Realmente estuvo Jacques hablando conmigo? Tenía un dolor de cabeza bastante frustrante, era como si un montón de pájaros carpinteros estuvieran talándome el cerebro. Permanecí un buen rato en la habitación, quizás con la esperanza de que el cuadro cobrara vida de nuevo. No ocurrió absolutamente nada.

Pasaron los días y nada. De vez en cuando me acercaba para intercambiar miradas desoladas con mi antepasado, pero él seguía ahí, serio e imperturbable. La noche del siguiente viernes obré de la misma forma. Abrí el gran ventanal y me senté de nuevo en el alféizar a buscar hadas. Tenía la convicción de que la magia volvería a suceder, pero me equivoqué por completo. Pasadas las diez de la noche, me cansé y cuando me dispuse a cerrar la ventana, la campana de la pequeña capilla que había en mi jardín comenzó a repicar, con suavidad pero con insistencia. Me pareció que era algo tímida. Salté de prisa y corriendo y fui a ver qué pasaba. Estando ya en la puerta dudé unos instantes, no sabía que me encontraría. Para cuando me decidí, la campana había gastado todos sus movimientos, como si de una pieza de ajedrez se tratara. Ya dentro me vi envuelto en una oscuridad algo asfixiante. Hacía varios años que nadie entraba allí, y el tiempo y las capas de polvo habían pintado de blanco los cuatro bancos de madera que ocupaban el centro de la capilla. Olía a cerrado y a humedad pero no me resultaba desagradable. Gracias a la luz de la luna, que atravesaba juguetona las cristaleras de colores, pude vislumbrar un montón de velas medio gastadas y ennegrecidas. Busqué a tientas por el pequeño altar, por si hubiera una caja de cerillas y, efectivamente, ahí estaban. La mayoría estaban caladas y estropeadas pero un par se salvaba. Encendí varias velas y las fui colocando estratégicamente. Limpié con mi brazo y con mi mano uno de los bancos y me senté allí, dispuesto a esperar a que sucediera algo. Paso un rato hasta que una voz muy familiar empezó a tararear.

— Dum, dum, dum, dum...

— ¿Jacques? ¿Eres tú? — dije algo extrañado.

— Cédric, dirige tu mirada donde la luna señala — dijo con voz misteriosa.

Cómo él me pidió, seguí el halo blanco y pulcro de la luna hasta su fin, y allí estaba él. Nunca había reparado en ese cuadro. Ni siquiera lo recuerdo de las misas que se hacían los domingos cuando era pequeño. Este era diferente, vestía una elegante indumentaria negra; mucho me temo que estaba de luto. Cobró vida.

— Cédric, veo que no entendiste nada de lo que te conté, ¿no es cierto?
— se dirigió a mi con un tono y actitud algo condescendientes. Ese tipo de comportamiento siempre me pone de los nervios.

— ¿Qué tengo que entender exactamente? — repliqué visiblemente molesto.

— Supongo que guardas el pequeño relato que te conté de mi hermana, ¿verdad? Pues en él está la solución. Todo lo que te dije fue por algo. ¡Piensa! ¡Simplemente piensa en ti y en tu condición!

— ¡Para! ¡Por favor, para! — dije cabreado y cansado de jugar al misterio — Es sencillo comprender que no entiendo nada. ¡Sí!, me hablaste de tu hermana... — aplaqué un poco el tono de mi voz, pues no quería que se marchase — ...de tus sentimientos hacia ella, de lo especial que era, de lo mucho que te equivocaste, pero no veo en qué punto se unen nuestras formas de ser, y más siendo yo todo lo contrario. Ella era luz y yo soy oscuridad. ¡Mírame! ¡Ni siquiera puedo salir a la calle! Estoy enfermo.

— La única diferencia que os desune es la valentía, Cédric. La valentía para afrontar quien eres. La valentía para vivirte y disfrutarte. Desde que naciste, vi en ti aquello que diferenciaba a mi amada hermana de los demás. Pasé toda mi juventud queriendo encerrar a ese maravilloso ser en una jaula y no puedo dejar que tú te hagas lo mismo — su condescendencia se había convertido en una, casi molesta, amabilidad mezclada con dolor y dulzura — Y aunque no puedo culparte a ti solo de tu falta de coraje, sí que puedo ayudarte a que recobres el juicio, pues parece que esa medicación que te obligaron a tomar desde tu adolescencia, ha borrado en ti los recuerdos de tu niñez.

— Mi niñez... No recuerdo mi niñez Jacques —dije descolocado — No puedo hacerlo. Son un montón de fotogramas borrosos que pasan rápidamente de vez en cuando.

— Sé que puedes. Inténtalo una vez más. Inténtalo con todas tus fuerzas.

¿Llevaba razón? ¿Podía hacerlo? Cerré los ojos y, con todas mis fuerzas, desee recorrer mi niñez de nuevo. Pero esta vez tenía que ser de verdad y hacer un gran ejercicio de memoria. Mi trabajo consistía en arrancar la gran tela de araña que cubría mi mente. Limpiar cada recuerdo

diligentemente y ordenarlos. Al menos, tenía que intentarlo. Al menos una vez más. Así que me pongo unos guantes y, con mucho cuidado, comienzo a desentrelazar el complejo y bello entrelazado que no me deja ver. La tela estaba casi solidificada y, aún llevando guantes, me lastimo las manos.

— ¡No puedo! ¡Maldita sea, no puedo! ¡Joder! — me quería dar por vencido en el primer intento frustrado.

— Tranquilo, sí puedes. Usa toda la fuerza que tienes en tu interior.

Una vez más y no.

Otra vez más y no.

La idea de abandonar desapareció. Tenía que hacerlo. Debía hacerlo.

Ahora...

Me envuelve un sentimiento que creía desaparecido. La felicidad. Sentía cómo el sol calentaba mi rostro y era agradable, muy agradable. El césped fresco de la primavera refrescaba mis pequeños pies, me sentía vivo. Estaba sentado sobre el gran sauce que creció junto al muro de piedra y charlaba animadamente, pero no veía con quién. Ahora, repentinamente, estaba corriendo alrededor de la fuente de Poseidón y seguía hablando, pero seguía sin ver con quién. Ahí estaban. Se me amontonaban un sinfín de recuerdos casi perfectos, casi nítidos. En todos y cada uno de ellos parezco un feliz niño loco. ¡Dios mío, es fantástico! Los repaso una y otra vez. Veo a mis hermanos y a mis padres de nuevo, las cálidas noches de verano en el cenador, a mi perro Robespierre, lo veo todo. Veo a Jacques junto al sauce, a Odette corriendo y riendo tras de mí en el jardín... Caras desconocidas aparecen una y otra vez en mis recuerdos. Gritos y una cajita rectangular de cobre viejo. Bajo la lluvia atravieso el jardín y llego aquí, a la capilla. Saco rápidamente una piedra de la pared norte y allí la encajo. Mi padre y un hombre vestido de blanco irrumpen en la estancia y yo imploro. Es inútil. Las caras desconocidas están a mi lado y me piden que me deje llevar, que ellas estarán ahí para cuando vuelva y que no tenga miedo. Antes de montarme en el coche veo a Odette junto a la verja. Está triste, muy triste.

— Ellos no te comprendieron Cédric. Ellos no te amaron tal y como eras y decidieron por ti. Decidieron reparar algo que no estaba roto, destruir a quien era diferente. Aplacar tu peculiaridad. Tú eras luz y bondad. Naciste siendo especial. Ahora te toca a ti. Ahora debes ser tú y compartir con el mundo todo cuanto eres capaz de hacer y de contar. Tú, mi querido creador de fábulas y cuentos. Tú nos traerás de nuevo a la vida.

— Ahora lo recuerdo todo — aún sintiendo la dureza de ciertos momentos sonreí — Yo, yo os conocía, me hablabais, erais parte de mi día a día, me protegíais, me cuidabais, ¡Odette! ¡Mi ángel de la guardia!... ¡La caja!

Me levanté del banco de madera y corrí hacia la pared. Supe el lugar exacto al instante. Tiré la piedra al suelo y allí estaba, mi vieja caja que contenía todo y cuanto olvidé. Los contenía a ellos y a ellas, a sus historias atrapadas por años. Entonces lo comprendí, entonces caí de rodillas al suelo. Reía mientras las lágrimas inundaban mis ojos. Lloré de felicidad. Jacques me abrazó con fuerza y susurrándome al oído me dijo...

— El mundo es tuyo Cédric. Deja que la tinta de tu corazón llegue a todos lados. Danos otra oportunidad. Somos tuyos. Somos tú. Tú eres nosotros.